

Octava conferencia.
Jueves, 17 octubre 1929.
Facultad de Ciencias Exactas.

LA "CIUDAD MUNDIAL" Y CONSIDERACIONES QUIZA INOPORTUNAS

Señoras y Señores, esta conferencia quizá resultará torcida. El tema inscrito: "La Ciudad Mundial", está destinada en mi espíritu, más bien al gran público que no a los profesionales que llenan este anfiteatro: arquitectos, ingenieros, estudiantes de arquitectura, etc. Debería ofrecerme la ocasión de extender la noción de arquitectura a la organización misma de los tiempos modernos o, por lo menos, me hubiera permitido demostrar que una cierta calidad de espíritu, resultante de una época de civilización suficientemente manifestada por innumerables obras, animaba todas las empresas humanas, especulativas o materiales; debía poner en primer plano la función que es la fuente misma del funcionamiento de la vida, de la armonía y de la belleza; quiero hablar de la *organización*.

Pero, estoy aquí, en la Facultad de Ciencias Exactas.

Improvisadamente, voy a cambiar mi plan e intentaré despedirme de ustedes con otras consideraciones más oportunas.

Por otra parte, ustedes ya verán en la pantalla los planos de la “Ciudad Mundial”. Les explicaré su principio en dos palabras; después, dejando este tema, tengo la intención de intentar contestar delante de ustedes a una pregunta planteada el otro día por uno de los profesores de la Facultad: “¿Qué haría usted si estuviese encargado de enseñar arquitectura?”

Evocando la “Ciudad Mundial”, he querido emplear la palabra que es la gran palabra del día: la *organización*.

Si estamos hoy iluminados por el deseo de organización, es que hemos implicado anteriormente la noción de desorden, de desorganización, el estado de turbulencia, de perturbación. La búsqueda universal de una organización eficiente, es un acto positivo, un gesto optimista; afirma que un gran acontecimiento se ha realizado, que se ha producido una evolución general y que si, en la inconsciencia del día al día hemos omitido el medirlo, hemos tropezado, sin embargo —y especialmente en la época presente— con unos callejones sin salida; nos hemos encontrado frente a unos muros que hay que destruir. ¡Peligro y salvación!

¡Organizar!

¿Qué es la Ciudad Mundial?

La Ciudad Mundial es la oficina de los negocios del mundo, la sede social de la gran sociedad anónima de los intereses del mundo.

Ha de ser el punto de concentración de la estadística y de la documentación, el lugar de debate, lejos de las pasiones, fuera de las crisis.

Por otra parte, el centro de las encuestas y el receptáculo de las proposiciones.

Algún día se tendrán que tomar decisiones, compromisos, o sanciones, por unos organismos preparados para esta tarea. Sólo podrá ser con profundo conocimiento de causa. Tales eventualidades reclaman rapidez, exactitud, precisión y también abundancia y veracidad de los documentos.

La vida transcurre entre dos potencias magnéticas capaces, cada una, de alcanzar lo sublime. Uno de estos polos representa *lo que hace el hombre solo*: lo excepcional, lo patético, lo divino de la creación individual.

El otro representa lo que hacen, lo que representan los hombres en sociedad, los hombres organizados en grupos, ciudades o naciones: ciertas fuerzas, ciertas corrientes específicas de la colectividad.

Aquí, la grandeza individual, la amplitud del genio.

Allá, la administración, el orden, la intención, la galvanización, el civismo.

En todo, dos energías contradictorias, pero unidas al mismo destino, historia del ciego y del paralítico; el uno no puede ir sin el otro, pero uno puede revolucionar al otro; y el otro puede oprimir al primero.

La organización moderna debe, por el arreglo racional de lo colectivo, separar, *liberar al individuo*.

Crear la visualidad de los acontecimientos, hacerlos interpretativos a la mirada, casi instantáneamente, ha de haber un lugar para eso, unos métodos de exposición y, en su caso, por lo tanto, unos edificios.

.....

He aquí la guerra, la post-guerra, la evidencia del derrumbamiento de un mundo. De todas partes se forman Asociaciones, asignándose la solución de tal o cual problema. Después, nace la *Sociedad de las Naciones*. De hecho, una S.D.N. política, a decir verdad, un vigilante de faro en alerta, un agente de la policía de circulación, un juez que juzga. El vigilante ve lo que es aparente. El policía hace circular según el estado de la calle; el juez decide según un código. ¿Quién establecerá el estado del mundo —el estado profundo en gestación— y quién redactará el código? ¿El vigilante? ¡No! ¿El policía? ¡No! ¿El juez? ¡No!

El mundo vive, el mundo se agita, todo se desplaza, actúa, reacciona. Hay consecuencia a toda causa; causa a todo efecto. En ciertos momentos, el mundo se expresa; en ciertas ocasiones, aparecen unas soluciones a unos espíritus visionarios, o a unos espíritus prácticos. De la masa colosal de las fuerzas presentes, en conflicto, aparecen unas proposiciones.

Reunir estas proposiciones, clasificarlas, coordinarlas, darlas a conocer, hacerlas discutir —es necesario un lugar para todo esto, una

sede social— y unos utensilios de trabajo; en este caso, unos edificios.

.....

La “Ciudad Mundial” es, pues, la estación de escrutinio de las ideas del mundo; allí llegan documentos de la historia, estadísticas del tiempo presente, proposiciones. Ha de haber un lugar para ello; en este caso, unos edificios.

.....

Así, después de las tentativas de ajuste práctico del B.I.T. y de la S.D.N., se ha visto que había que remontarse a las fuentes: se ha ido a lo que domina el inmenso equilibrio del mundo, a la idea pura, al pensamiento puro.

Tal es la concepción de Paul Otlet, de Bruselas, el magnífico promotor de la Ciudad Mundial.

De esta manera, un nuevo estado espiritual apela a la arquitectura.

La idea es ubicua; una vez lanzada, ya no hay obstáculos, ni montañas, ni mares; ni cajas de hierro, ni de cristal, ni Institutos, ni Academias. Dondequiera que se encuentre una antena, allí está.

La arquitectura es el resultado del estado de espíritu de una época. Estamos frente a un acontecimiento del pensamiento contemporáneo; acontecimiento internacional (hace diez años no lo calculábamos); las técnicas, los problemas planteados, igual como los medios científicos de realización, son universales. Sin embargo, las regiones no se confundirán, ya que las condiciones climatéricas, geográficas, topográficas, las corrientes de razas y mil cosas, hoy, aún profundas, guiarán siempre la solución hacia unas formas condicionadas.

Pero la obra misma, la creación espiritual que puede encarnar tan fuertemente la arquitectura, no será jamás sino el producto de un hombre, lo mismo que la escritura es el producto de una mano, de un corazón o de un espíritu. La completa responsabilidad está en cada uno de nosotros. En las horas decisivas, en los recodos peligrosos, surge el individuo, más fuerte que nunca.

El individuo de hoy está sustentado por el trabajo del mundo.

Tenemos el deber de organizar la nueva armonía con el riesgo de lo desconocido, pero también con las grandes alegrías de la creación.

La arquitectura magnifica la idea, ya que *la arquitectura es un hecho indiscutible que surge en un cierto instante de la creación en que el espíritu, preocupado por asegurar la solidez de la obra, de*

calmar los deseos de confort, se encuentra elevado por una intención todavía más elevada que aquella que es simplemente servir y tiende a manifestar los poderes líricos que nos animan y que nos dan gozo.

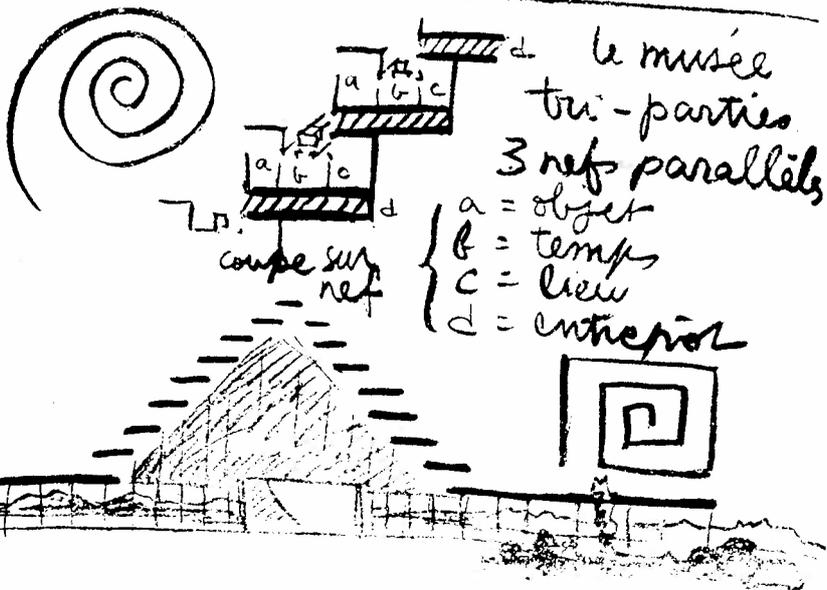
Los planos de la Ciudad Mundial han provocado violentos ataques en la extrema izquierda de la arquitectura en los países germánicos. Yo he sido acusado de academicismo. Los edificios proyectados son estrictamente utilitarios, *funcionales*, con el rigor de una máquina: muy especialmente aquel "Museo Mundial", en helicoide, tan violentamente incriminado (210) y la biblioteca y las salas de exposición, y la Universidad y el edificio de las Asociaciones internacionales. Están construidos según las últimas fórmulas de la técnica; su formación es para cada uno, un organismo. Este organismo les confiere una actitud. Hemos compuesto con estas actitudes diversas, poniéndolas juntas en un amplio paisaje y uniéndolas por un trazado concertado, meditado, matemático, un trazado regulador portador de armonía y de unidad (209).

Los planos de la Ciudad Mundial aportan, con unos edificios que son verdaderas máquinas, una cierta magnificencia, donde se quiere, a toda costa, descubrir unas inspiraciones arqueológicas. Pero, desde mi propio punto de vista, esta cualidad armoniosa, proviene de otra cosa más que de la simple respuesta a un problema utilitario bien planteado; yo lo atribuyo, pura y sencillamente, a un cierto estado de lirismo.

Enfoquemos, ahora, el tema improvisado de esta conferencia de despedida: "*¿Si yo tuviese que enseñar arquitectura?*"

La ciudad de ustedes, más que París o que cualquier otra, me sugiere mil ideas. Yo me explico la razón de la siguiente manera: primeramente, Buenos Aires está en América. Y América se encuentra separada por el silencio de un océano, de Roma y del señor Vignola y del Instituto de Francia. América — ¡la pampa o la selva virgen!. Ustedes se encuentran con gigantescos problemas; se han de dar prisa, pues; ustedes no tienen prejuicios, ¡ustedes harán cosas animadas por el espíritu de esta época!

Pero esto es bien curioso: en Estados Unidos, lo mismo que en su país, el señor Vignola es un dios. Sus ciudades no manifiestan nada original, a no ser una extravagante vegetación de balaustres (¡hay un caso americano del balaustre!) y una devoción ciega por los *órdenes*



de la arquitectura. Cuando pronuncio "los órdenes de la arquitectura", me viene a la memoria mi extrañeza de joven angustiado huyendo de los caminos trillados de la arquitectura, donde los profesores, los libros, los manuales y los diccionarios clasificaban con solemnidad "los órdenes de la arquitectura". Es completamente cómico detenerse un segundo en ello: "¡los órdenes de la arquitectura!". ¿El orden de quién y de qué, la arquitectura de qué? ¡Y pensar que la máquina del mundo de la arquitectura está enarenada desde hace cuatro siglos bajo este desorden! Incluso cerca de la selva virgen, ¡en Asunción! América bajo los órdenes de... Con toda lealtad, les aseguro que me siento desfallecer por atreverme a preguntar: "Las órdenes, ¿de quién?". Me siento insolente, pero también me siento honrado.

Su ciudad, Buenos Aires, nacida bajo el soplo ardiente del maquinismo... "¡Los órdenes de la arquitectura!". Desde luego, se les ve por todas partes en la calle, ocultando toda clase de formas y no dejando que entre la luz.

"¿Si yo tuviese que enseñar arquitectura?...". Pregunta, quizá, dirigida inoportunamente. Empezaría por prohibir los "órdenes", por hacer cesar esta enfermedad de los "órdenes", el escándalo de los "órdenes", ese desfallecimiento inimaginable del espíritu. Exigiría: *respeto a la arquitectura.*

Por el contrario, explicaría a mis alumnos que, en la Acrópolis de Atenas, hay cosas emocionantes, de las cuales comprenderán más tarde la inmensa grandeza, en medio de otras grandezas. Les prometería para más tarde, la explicación de la magnificencia del palacio Farnesio y la explicación del abismo espiritual abierto entre los ábsides de San Pedro y la fachada de la misma basílica, los unos y la otra contruidos rigurosamente sobre el mismo "orden" por Miguel Angel aquí, y allá por Alberti. Y muchas otras cosas que son lo más puro, lo más verdadero de la arquitectura, pero que reclaman, para poder ser comprendidas, una cierta maestría. Yo afirmaré que la nobleza, la pureza, la especulación intelectual, la belleza plástica, la inmortalidad de la proporción, son las grandes y profundas alegrías de la arquitectura, perceptibles por todos.

Dirigiré mi enseñanza y la proseguiré incansablemente, sobre un plan más objetivo. Me esforzaré en inculcar a mis alumnos el sentido agudo del control, del libre albedrío, del "cómo" y el "por qué", del cual ya he hablado aquí. Les exhortaré a que cultivasen este sentido incansablemente hasta llegar a la misma vejez. Este control, yo lo quisiera sobre el plan muy objetivo de los hechos. Pero, los hechos son movibles, cambiantes, especialmente en esta época. Les ense-

ñaría el desprecio de las fórmulas. Les diría: *todo está relacionado*.

Volvamos a nuestros dibujitos:

Al joven estudiante, le pregunto: ¿Cómo haces una puerta? ¿De qué dimensiones?

¿Dónde la haces? (211).

¿Cómo haces una ventana? Pero, a propósito, ¿para qué sirve una ventana? ¿Sabes, en realidad, por qué se hacen ventanas? Si lo sabes, dímelo. Si lo sabes, me vas a explicar por qué se hacen ventanas curvadas, cuadradas, rectangulares, etc. (212). Quiero razones para todo esto. Y añadiría: Atiende bien, ¿tenemos necesidad de ventanas, hoy?

¿En qué lugar de la habitación abrirías una puerta? ¿Por qué allí, mejor que en otro sitio? ¡Ah!, ¿parece que tienes varias soluciones? Tienes razón, hay varias soluciones y cada una de ellas da una sensación arquitectónica diferente. ¡Ah! ¿te das cuenta, pues, que estas diversas soluciones son el fundamento mismo de la arquitectura? Según la manera por la que entres en una pieza, según el emplazamiento de la puerta en la pared, tú sientes tal sensación y el muro que agujereas toma unos caracteres muy diferentes. Tú sientes que es esto la arquitectura. Por ejemplo, te prohíbo que traces con el lápiz un eje sobre tu plano; estas líneas de eje son una fórmula para dejar pasmados a los tontos.

Otra cosa también grave: ¿dónde abres tu ventana? Tú te das cuenta de que, según el lugar por donde entra la luz (213) ¿sentirás tal o cual sensación? Pues bien, dibuja todas las maneras posibles de abrir ventanas y me dirás cuáles son las mejores.

De hecho, ¿por qué has dibujado esta habitación con este formato? Busca, pues otros formatos *viables* y en cada uno abrirás unas puertas y unas ventanas. ¡Oh! ya puedes comprar un grueso cuaderno para este trabajo, tendrás necesidad de muchas páginas (215).

Sigamos.

Dibuja toda la variedad posible de formas de comedores, de cocinas, de dormitorios, cada una con sus dependencias útiles. Una vez hecho esto, intenta reducir las dimensiones al mínimo, pero asegurando, al mismo tiempo, un funcionamiento perfecto. ¿Una cocina? Te darás cuenta de que es un problema de urbanismo, circulación y lugares de trabajo. No olvides que la cocina es una especie de santuario de la casa.

Ahora dibujarás el despacho de un hombre de negocios; el de su secretario, el de sus mecanógrafas, el de los ingenieros. Recuerda que

una casa es una *máquina para habitar* y que un “building” es una máquina para trabajar.

Tú no sabes lo que son los *órdenes*. Ni tampoco el “*estilo 1925*”. Si te pillo dibujando el “estilo 1925”, te tiraré de las orejas. No has de dibujar nada que sea “dibujo”. Tú arreglas, tú equipas, nada más.

Ahora vas a intentar resolver uno de los más delicados problemas de hoy: la casa más pequeña posible.

Primeramente, para un hombre solo o una mujer. Luego, para unos recién casados. ¡No te preocupes de los niños! Después, el matrimonio cambia de casa; tiene dos hijos.

Busca una casa para un matrimonio con cuatro hijos.

Como todo esto es muy difícil, empezarás trazando una línea recta sobre la cual enlazarás la continuación de los diversos locales necesarios, en el orden en que una función sucede a la otra. Y tú dimensionarás cada local con el mínimo de superficie (214).

Después, sobre una curva, o, mejor, sobre una especie de árbol genealógico, establecerás las circulaciones, las contigüidades indispensables de las piezas de esta casita.

Para terminar, intentarás juntar todos estos locales para hacer una casa. No te ocupes de “construcción”, esto es otro asunto. Si, por casualidad, te gusta jugar al ajedrez, estarás bien servido, aquí; ¡no vale la pena de que vayas al café para encontrarte con tus compañeros!

Te irás a los lugares de construcción a ver cómo se hace el cemento armado, cómo se hace un tejado, unos suelos, cómo se coloca una ventana. Te daré una tarjeta que te servirá de salvoconducto. Harás croquis. Si ves que se hace alguna tontería, no olvides de anotarla. De regreso, me harás preguntas. No te imagines que se aprende a construir haciendo matemáticas. Eso es un truco que emplean las academias (¡que se rien a escondidas!).

No obstante, habrás de estudiar una cierta cantidad de problemas estáticos. Es fácil. Es inútil que te creas obligado a comprender exactamente *de qué manera* las fórmulas de resistencia han sido calculadas por matemáticos. Con un poco de entrenamiento comprenderás el mecanismo de estos cálculos, pero aprende, sobre todo, la manera cómo trabajan las diversas partes de una construcción. Esfuérzate en comprender lo que significan los “momentos de inercia”. Una vez que hayas comprendido esto, tendrás ya alas. Estas cosas no son matemáticas; deja éstas a los matemáticos. Tu tarea no ha terminado.

Te ocuparás en estudiar las cuestiones de sonoridad, de isoterminia, de dilatación. Las de calefacción y refrigeración. Si llegas a enriquecerte con muchos conocimientos, te felicitarás más tarde.

Traza ahora esta raya de muelle; luego, las boyas jalonando el canal (216). Dibujarás la manera cómo un barco de doscientos metros de largo puede atracar; la forma en qué puede salir: bastará con que recortes un papel de color de la forma esquemática del barco y señalarás en tu dibujo las diversas posiciones del barco. Quizá se te ocurran ideas respecto a la manera de establecer un muelle de atracado en un puerto.

Dibujemos, ahora, un edificio de despachos; al frente, una plaza para estacionamiento de coches; doscientos despachos en el edificio (217). Intenta conocer el número de coches en estacionamiento que hay que calcular. Lo mismo que para el barco, expresa claramente todas las maniobras. Se te pueden ocurrir ideas sobre la forma que hay que dar a los refugios, sobre las dimensiones y la forma de los lugares de estacionamiento, sobre su conexión con las calles.

Accepta este consejo como si fuese de oro: emplea lápices de colores. Con el color, puedes calificar, puedes clasificar, puedes leer, lo ves más claro, te desenvuelves. Con el lápiz negro solamente te confundes, te sientes perdido. A cada minuto, puedes decirte: *hay que leer claramente*. El color te salvará.

Aquí hay una plazuela de la ciudad, con todas las calles que convergen en ella (218). Entrénate a comprender la manera cómo los coches se entrecruzan. Intenta imaginar toda suerte de encrucijadas. Decide cuáles son las más favorables para la circulación.

Haz un plano de un salón —las puertas, las ventanas. Dispón los muebles indispensables, de forma útil; ¡esto es circulación, es sentido común y muchas otras cosas más! Deberás decirte: “¿Sirve para algo esto, de esta manera?” (219)

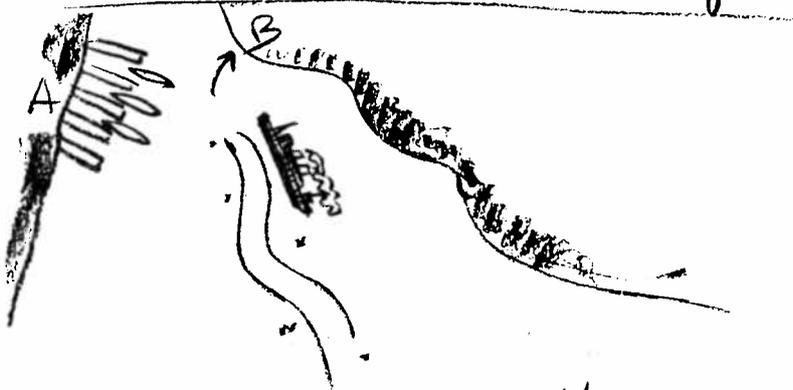
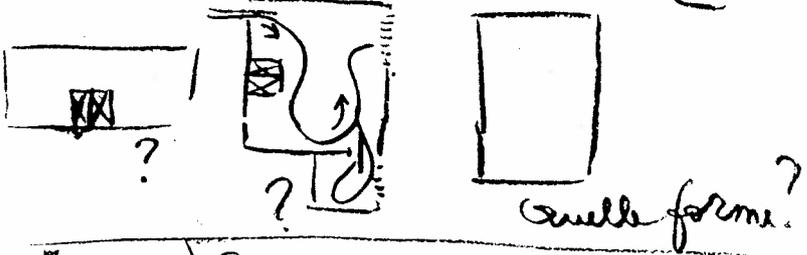
Ahora te exijo un trabajo escrito. Redactarás un informe comparativo, analítico, razones de ser de ciudades como Buenos Aires, La Plata, Mar del Plata, Avellaneda. Tareas más bien difíciles para un estudiante. Pero así podrás comprender que antes de dibujar, hay que saber siempre “de qué se trata”, “para qué sirve”, “para qué es”. Entrenamiento excelente para acostumbrar el juicio.

Un día, te irás a la estación, donde anotarás con exactitud, con el metro en la mano, los pormenores de un vagón restaurante, de su comedor y de su cocina, junto con sus accesos. *Idem* para un coche-cama.

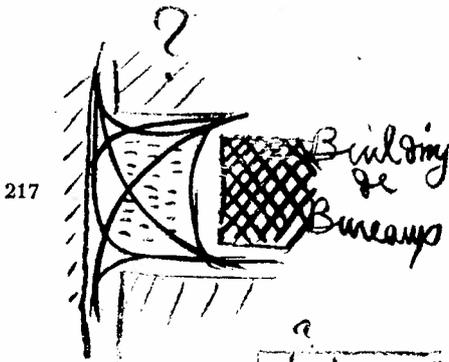
Luego, te irás al puerto y visitarás un barco. Harás los planos y las secciones, en colores, demostrando “cómo funciona”. De hecho, ¿tienes una idea exacta de lo que ocurre en un barco? ¿Sabes que es un palacio que aloja dos mil personas, de las cuales la tercera parte

215

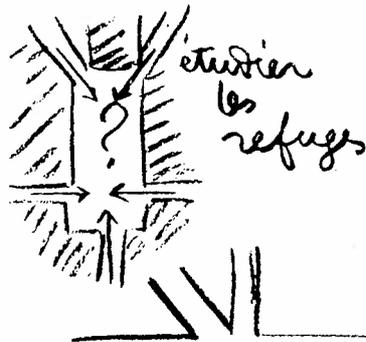
une chambre à coucher



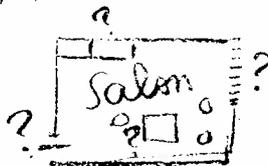
216



217



218



219

par les souterrains, éviter tous croisement

tiene exigencias de *vida de lujo*? ¿Sabes que existe, totalmente independientes uno de otro, un sistema de hostelería de tres clases completamente separadas; un sistema formidable de propulsión mecánica, con su estado mayor y sus equipos de mecánicos; finalmente, un sistema de navegación con sus oficiales y sus marineros? Cuando hayas podido expresar claramente, con planos y secciones en color, la organización de un vapor, podrás presentarte al concurso del próximo proyecto del Palacio de las Naciones. Podrás hacer los planos de un palacio. Y ahora, querido amigo estudiante, te ruego que *abras bien los ojos*.

¿Abres los ojos? ¿Estás acostumbrado a abrir los ojos? ¿Sabes abrir los ojos, los abres a menudo, siempre y bien? ¿Qué es lo que miras cuando vas por la ciudad? Aquí, todo el mundo dice: "No tenemos nada, nuestra ciudad es completamente nueva". Los arquitectos hacen venir de Europa revistas y libros de arquitectura. Entonces nos enseñan con orgullo pequeños pueblos de chalets ingleses engarzados en el mar inmenso de las casitas de Buenos Aires. ¿Por qué tendemos, entonces, a protestar? ¿Por qué estos chalets nos hacen el efecto de una bofetada?

Vean: dibujo un muro de cerca; se abre una puerta; el muro se prolonga por el remate de un alero con una pequeña ventana en el centro; a la izquierda dibujo una "loggia" cuadrada, neta. Sobre la terraza de la casa instalo este delicioso cilindro: un depósito de agua (220). Ustedes piensan: "¡Toma, ahora compone un pueblo moderno!". De ningún modo, dibujo las casas de Buenos Aires. Por lo menos hay cincuenta mil así. Han sido hechas —se hacen todos los días— por constructores italianos. Son una expresión muy lógica de la vida de Buenos Aires. Sus dimensiones son justas; su forma es armoniosa, sus situaciones recíprocas han sido halladas con habilidad. Es vuestro folklore; tiene cincuenta años, y es todavía de hoy. Ustedes me dicen: "¡No tenemos nada!". Y yo les contesto: "Ustedes tienen esto, un plan standard y un juego de bellas formas bajo la luz argentina, un juego de bellísimas formas, de formas muy puras. ¡Miren! Calculen el escándalo de estos chalets ingleses con sus tejados inclinados de tejas, inutilizables, que forman buhardillas, causando gastos anuales de mantenimiento. Ustedes han hecho nacer, naturalmente, el tejado-terraza en la Argentina. ¡Pero los álbumes de arquitectura europea os retornan, tontamente, a tres siglos atrás, con vuestras ciudades-jardín "modelos" y en vuestras quintas de recreo en Mar del Plata!".

El otro día era ya el crepúsculo, nos hemos paseado largamente por las calles de La Plata, con González Garaño. Había unos muros de cerca, como éste, por ejemplo (221). Calculen el *hecho arquitectónico* de esta pequeña puerta encerrada en el muro. *El otro hecho arquitectónico* de esta puerta cortando la pared en dos. *El tercer hecho arquitectónico* de esta gran puerta de garage. *El cuarto hecho arquitectónico* de ese estrecho pasaje entre dos propiedades: por un lado, el muro de cerca de la derecha, por el otro, la masa de una construcción con tejado de una sola vertiente. *¡El quinto hecho arquitectónico* de la línea oblicua del tejado y de su alero!

¡Ah!, ustedes se rien porque dibujo el “molino de viento”* de hierro, ese molino que da vueltas en toda la Argentina, al lado de las casas. ¿Ustedes creen que voy a denunciarlo, porque no es ni dórico, ni jónico, ni corintio, ni toscano, sino simplemente de cerrajería? Voy a decirles lo siguiente: Cuando hagan un proyecto de una casa, dibujen, primeramente, un “molino de viento” de cerrajería. ¡Y su casa será conforme, cuando esté de acuerdo con el “molino de viento”, que es un ser honrado!

Voy a hacerles un ruego: imprégnense de *espíritu de verdad*.

¡Cuidado! Voy a oscurecer, de golpe, el elogio que he hecho de los constructores italianos. Lo que acabo de dibujar eran las partes “posteriores” de las casas. Nada más para que todo funcione. Pero, delante, en la calle, allá donde se pone el número de la casa y su nombre, allá donde se dice: “Esta es mi casa”, el contratista italiano ha recurrido a Vignola y a sus “órdenes”. ¡Vaya horror! ¡Bonito pastel sudamericano (222)! Y como la casa era, en suma, modesta, y que no era bastante alta, el contratista italiano la ha coronado con un ático de balaustres con un gran escudo, la mayoría de las veces. Y yo escribo: *¡Mentira!*

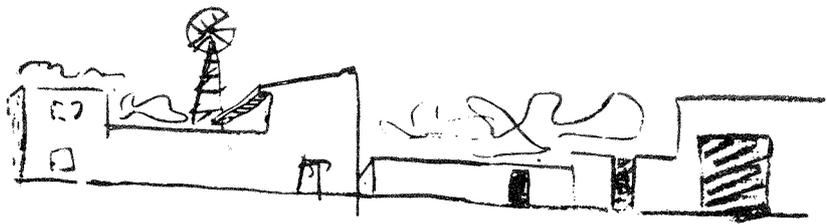
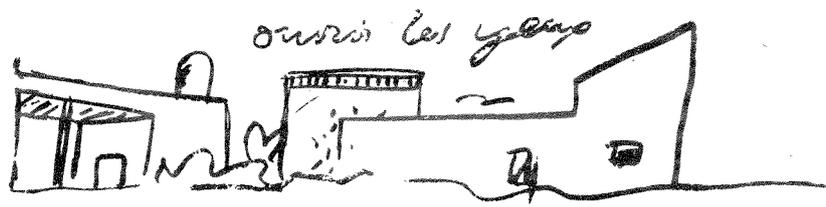
Abran los ojos, pero pasen por *detrás* de las casas para divertirse. ¡Y cierren los ojos a la calle!

Dicho esto, daría a mi estudiante el siguiente problema para que lo resolviese: “Vete a tomar las medidas de esas casas que, detrás de la fachada, son decentes. Estudiarás ese tipo de folklore en vistas a una ejecución en gran serie, en acero, por ejemplo (casa montada a seco), o en hormigón armado (elementos standard y combinables)”.

Ahora que ya he hecho un llamamiento a tu *espíritu de verdad*, quisiera transmitirte, a ti, estudiante de arquitectura, el *odio al dibujo*. Pues el dibujo, es únicamente cubrir de cosas seductoras una hoja

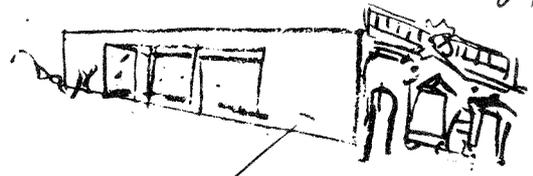
* Elevador de agua de una nave subterránea.

220



221

espace de vente messages



222

fami / type / a fer
 '6/ a cransonne } pour
 tene

de papel; son los “estilos” y los “órdenes”; son las *modas*. La arquitectura está en el espacio, en extensión, en profundidad, en altura: es volumen y es circulación. La arquitectura *se hace en la cabeza*. Hay que llegar a concebirlo todo en la cabeza, con los ojos cerrados; entonces se sabe cómo será todo. La hoja de papel solamente sirve para fijar la concepción, para transmitirla a tu cliente y a tu contratista. Todo está en el plano y en la sección. Cuando has creado por el plano y por la sección un puro organismo funcionando, *tu fachada resultará*; y si hay en ti algún poder de armonía, tu fachada podrá resultar emocionante. Has de decirte siempre que las casas son para vivirlas por dentro, de acuerdo: pero serás un buen arquitecto si tus fachadas son bellas. La proporción es suficiente. Es menester mucha imaginación para lograrlo y tanto más si el problema es modesto.

La arquitectura es una organización. *Tú eres un organizador*, ino un dibujante!

Señoras y Señores, voy a concluir; ya es tiempo.

La arquitectura es la función por la cual se construyen los *vasos* útiles para contener las diversas empresas humanas; nos demuestra, repentinamente, en esta hora de crisis, que los vasos tradicionales son inaptos para contener las nuevas funciones del mundo moderno. Esta constatación, a la cual me he esforzado aportando pruebas palpables, es un signo de los tiempos nuevos que se han amparado de nosotros, que una página de la historia humana ha sido pasada y que aquí estamos frente a las libres extensiones de nuestras tareas modernas. En tal caso, nuestras iniciativas resultan indispensables y no deben ser paralizadas por las maniobras criminales de la pereza o de una falsa sentimentalidad. La arquitectura materializa elocuentemente la trayectoria de la evolución de la época maquinista.

En este ciclo de conferencias, les he enseñado la causa: el maquinismo. El efecto: la perturbación. Nuestra tarea: ajustar. El medio: liberarse de todo espíritu académico y crear. He afirmado: crear —no importa qué, no importa cómo, sentirse libre, juzgar— es esto la felicidad.

Yo he evocado al hombre en sus dimensiones, en su razón; en su pasión —elementos de fijeza en medio de la movilidad de las contingencias.

He mostrado al hombre solo, con unas necesidades que, indispensablemente, han de satisfacerse.

Luego, el hombre en colectividad, en la ciudad, con otra clase de necesidades: arquitectura en todo, urbanismo en todo.

He buscado la *unidad arquitectural*: se extiende de la casa al palacio.

Edificado por las realidades de la actual evolución o revolución arquitectural, no he hecho desvíos con la verdad trágica del movimiento eterno: hemos sentido en la gente, en las ciudades, en los pueblos, "la hora que pasa".

Partiendo de la ciudad "sin esperanza", hemos querido la ciudad feliz y viva. Sobre este punto tenemos certidumbres, pero tenemos necesidad de fuerza y de coraje.

A cada momento he hecho llamamiento a la luz, materialmente, tanto como espiritualmente. Materialmente: hay que ver claro para poder apreciar. Apreciar, es juzgar, es intervenir individualmente. Y ahora, en lo espiritual: intervenir, es el gozo.

He hecho llamamiento a la cordura: alcanzar el máximo a través del mínimo, llave de la economía general y causa profunda de la obra de arte. Economía, alta acepción. Por este camino se llega a la dignidad.